

Enrique Fierro

Ida Vitale¹

Resumen

Con el retorno a la democracia, la nueva administración del presidente Julio María Sanguinetti decidió nombrar como director de la BN al poeta Enrique Fierro que, junto a su esposa, la poeta Ida Vitale, hacía poco había regresado de su exilio en México. La llegada al Uruguay implicó el regreso al país de la pareja luego de casi doce años. Si bien los primeros meses de gestión estuvieron signados por el entusiasmo de la nueva época y por las visitas ilustres (gracias a la amistad de Fierro y Vitale con Octavio Paz, el gran escritor mexicano llegó a Uruguay en mayo de 1985 como invitado de honor de la novel administración y dio una conferencia en la Sala Vaz Ferreira), pronto se impuso una realidad menos idílica: la BN tenía graves problemas estructurales y funcionales, así como de presupuesto. Además, el gremio, creado en noviembre de 1984 y luego de años sin organización, puso en discusión múltiples reclamos que desgastaron la gestión del director Fierro. Además, se agregó un largo período de la BN cerrada por problemas en el sistema eléctrico. Ante estas situaciones, por dos veces Fierro les anunció a los funcionarios que renunciaría, aunque luego desistió. Finalmente, su período al frente de la BN culminó en 1989, cuando dejó el cargo para radicarse en Austin, Texas, EEUU, donde trabajó como docente del Departamento de Español de la universidad de esa ciudad. En la dirección de la BN, lo sustituyó Luis Musso hasta marzo de 1990, en que con la nueva administración de Luis Alberto Lacalle, asumió la dirección Rafael Gomensoro. (Nota de los editores)



1. Poeta, traductora, ensayista, profesora y crítica literaria uruguaya, Premio Cervantes en 2018.

Las palabras de las que tanto dependemos, resultan pobres si acudimos a ellas en la difícil tarea de acercar desde la despiadada, irreversible lejanía a quien fue infatigable dispensador de entusiasmo, legítimo o generoso, de ayuda, cordialidad sin finalidades ulteriores, bondad inteligente. Habiéndolo conocido a Enrique en su juventud, la madurez de sus juicios y su modo de comprender y relacionarse con el mundo siempre me sorprendieron, incluso cuando pasaba el tiempo y aquello ya no era una novedad. Ya en los primeros, ahora remotos tiempos, el afecto y la considerada confianza que alguien tan sutilmente prevenido en sus apreciaciones como Jesualdo Sosa, que al igual que la adorable María Carmen Portela y sus amigos Fayol y Fifina lo trataban como a un hijo, era una llamada de atención.

Enrique había perdido a su padre en la adolescencia. Un tío materno estuvo generosamente próximo. Sin duda hacían falta muchos espíritus benévolos para reemplazar a su padre. Pronto murió también Fayol y ese duelo fue el primero que compartimos.

Pero obviamente, Enrique tenía su grupo también fiel de amigos jóvenes, colegas y pintores.

Su apertura intelectual lo acercó primero a la historia, quizás tentado por un buen profesor, y a esto se dedicó, primero en Montevideo, luego en las universidades de México y Estados Unidos e hizo que luego optara por la literatura en su carrera de profesor, pero su entrega más íntima y temprana, el territorio por el que andar sin responder ante nadie fue la poesía, ante ningún futuro, porque nacía, sin saberse cómo, de un reclamo íntimo, premio en sí. La misma independencia y privacidad dictaba la forma de la suya, que no parece deberse a nada previo. A ella fue fiel sin interrupciones. Venía tan solo de una independencia de criterio, de gusto, propia en quien se ha hecho conociendo lo mejor (no solo en español, sino también en inglés, lengua que dominó y de la que tradujo con frecuencia), desconociendo, hasta con humor, las respuestas o silencios de quienes exigían el menor riesgo de otras rutas.

Le gustaba dar clase y eso le valió el afecto de muchos alumnos. Menos le atraía la crítica, en la que se interesó con más reservas, aún en los años de México, que tantas posibilidades ofrecía, con múltiples diarios, todos con páginas críticas y reclamos.

La suya fue una entrega íntima, privada, al andar sin tener que responder ante nadie, ante ningún futuro, porque nacía, sin saberse cómo, de un silencioso reclamo interior, premio en sí mismo.

Esa independencia y privacidad dictaron la forma de su poesía, que no parece deberse a nada previo, tan solo a la presión de su criterio, al gusto de quien se ha hecho conociendo lo mejor. La independencia con la que se afirmó en lo distinto y por eso difícil de imponer, le deparó el aprecio de quienes supieron que su originalidad provenía de fuentes irreductibles: la libertad y la lucha por expresar lo inexpresable, con espontánea anticipación a su muerte, por demás temprana, interrumpió una escritura constante, forma que adoptaba su búsqueda silenciosa, nunca provocativa, de otra realidad, de un mundo felizmente compatible, donde coincidir con lo que generosamente admiraba y favorecía.

Pero, su sentido de responsabilidad lo llevó a una tarea que le exigió un esfuerzo no menor pero distinto y sin dudas, para él menos grato: la dirección de la Biblioteca Nacional. Allí no todo dependía de su entrega, que fue total. Había factores importantes e ingobernables, como los económicos, en un país que no era rico, y en el cual una biblioteca no podía ser vista como algo esencial, a la hora de satisfacer las inapelables llamadas de la salud de la economía general, los graves e insolubles problemas materiales que implicaban verse enfrentado a un gremio y sus derechos, saltaban a diario, hasta el extremo que su salud se resistiera y debiera internarse en un sanatorio. Quizás estar al frente de algo, al parecer, tan inocuo como una biblioteca implica riesgos en un país del tercer mundo. Por suerte la posibilidad de dar clases en la Universidad de Texas surgió oportuna, aunque debió esperar –al que mucho agradeció la confianza que en él depositara– a que el presidente Sanguinetti, encontrara un sustituto para el cargo que dejaba acéfalo.

Comenzó entonces un largo período en Austin, Texas. Calmo y matizado por los siempre gratos viajes a México, a los amigos que lo habían convertido en una segunda, generosa patria.

Si rastreamos en su poesía esa creación que nunca intentó imponer entre «el hablar y el hablar», «palabras y palabras para llamar en vano», sobre las que cae ese «polvo de tiempo que» las decolora y pervierte, pero va, generosamente, abarcándolo todo: estallidos del espíritu y clarividentes desconsuelos.

el paraíso es un parque donde
crece el árbol del paraíso.

¿quién que es no es
para la hoguera?

con un poco de paciencia lo perderemos todo

somos una larga procesión sombría
de ardorosos maizales

somos como el silencio de la tarde cuando
varia la voz concede al barrio un gesto
como de acacia grande como el silencio de
la tarde cuando varia la voz concede al
barrio un gesto como de acacia grande como

con un poco de paciencia lo perderemos todo

